EL CASAMIENTO

POR BOLETA DE ALOJAMIENTO.

COMEDIA EN TRES ACTOS.

Contra la que, con el mismo título, escribió un francés para mofarse de los buenos españoles.

COMPUESTA EN ARABIGO

POR EL MAESTRO LORENZO CAMPILLOS (ALIAS TREMENDA), *Y TRADUCIDA AL CASTELLANO POR DON PATRICIO, SU INTERPRETE.*



SEVILLA: 1812.

POR LAS HEREDERAS DE D. JOSEPH PADRINO: donde se hallará.

PERSONAS QUE HABLAN EN ELLA.

D. Alvaro, padre de
Doña Isabel.
Doña Laura, hermana de aquel.
Mr. Canuti, médico frances, alojado en casa de Don Alvaro.
Tournier, asistente del médico.
D. Fernando: oficial español.
Doña Rosalia; creida muger del anterior.
Alonso, asistente de D. Fernando.
Casimira: criada de la casa de D. Alvaro.

La escena es en Sevilla en la casa de Don Alvaro.

Aparece Doña Isabel sentada al bastidor bordando, y D. Alvaro recostado en un sofá.

Alvaro. Hija mia: tu eres aun muy jóven, y no tienes experiencia de este gran mundo. Los mozalvetes españoles miran con indiferencia las prendas mas recomendables de una muger bien educada: y solo estiman la dote para su discipacion y vicios. Soy tu padre y soy ya viejo: qué dos circunstancias para que dés à mis consejos todo el valor de que son susceptibles!

Isabel. Yo los recibo con docilidad, padre mio; aunque no creo tenga Vd. motivos para reprehender mi conducta.

Alvaro. No trato de reprehenderte; pues estoy bien seguro de que conservas en tu corazon las buenas máxîmas que recibiste en tu educacion de tu virtuosa madre. Esta es una prevencion y advertencia con que intento demostrarte, que se deben despreciar altamente, y no hacer caso de esos mindoños que te soliciten por esposa; pues al fin lo que ellos aman es el dinero. Jóvenes y españoles, está dicho todo.

Isabel. No creo que nuestra patria es acreedora à que Vd. la infame con esa generalidad. No faltan en ella hombres juiciosos que sepan apreciar el verdadero mérito en las mugeres.

Alvaro. Calla, simplecilla. ¿Donde se halla hoy un jóven de juicio con quien pueda emplearse una muger de buena conducta? En ninguna parte. Pero demos una ligera ojea-

da sobre el caràcter y honradez de los franceses: mira, mira la alhaja que tenemos en casa.

Isabel. Y que quiere Vd. significar con eso ? Que le ame yo ?

Alvaro. Por supuesto que debes corresponder à los extremos que hace por tì.

Isabel. Y es posible, Señor, que así me aconseje Vd. ? Con que un hombre que puede ser mi abuelo; un hombre achacoso; un hombre sicatero, rídiculo, con poquìsima ó ninguna religion; un hombre::

Alvaro. Acaba; si tienes mas que decir contra ese desgraciado.

Isabel. Un frances por último, que es quanto puede decirse, y el compendio de todo lo malo.

Alvaro. Ah! tonta, tonta: qué sabes tú lo que es un frances?

Isabel. Ojalà no lo supiéramos: mas una triste y dolorosísima experiencia nos ha instruido sobradamente de lo que es esa canalla infame. Los aborrezco hasta el extremo, padre mio; y ruego à Vd. encarecidamente no me exponga à que, arrebatada tal vez del exceso de la indignacion con que los veo, traspase los límites del respeto que debo à Vd., como hija. Ay! hermano mio; preciosa víctima de la patria.

Alvaro. Vamos: à qué pega ese recuerdo? Y si conduce para algo, es para que conozcas la verdad misma que te persuado. Ahí tienes un jóven, español raro, singular, de principios sólidos, de los que produce la naturaleza uno en cada siglo:

y à pesar de esto, míralo alucinado, extravagante y necio: ah! yo lo fuí tambien algun dia.

Isabel. Su extravagancia, necedad y alucinamiento, al paso que le ensalzan, despiertan en mí el mayor odio à esos impíos que le sacrificaron.

Alvaro. Con qué quieres hacer mérito de locuras?

Isabel. Con qué califica Vd. de locura defender la patria, y oponerse á los enemigos de nuestra felicidad! :: Monsieur Canuti se acerca.

Entra Canuti muy afectado, toziendo, y se sienta al lado de Isabel con mucho tiento, como quien está enfermo.

Canuti. E bien, madama! cómo va? Se resa todavía?

Isabel. No Señor.

Canuti. Es làstima que una criatura tan amable pierda el tiempo en tonterias. Ya estamos en el siglo de la ilustracion, y es preciso ir desterrando èsas preocupaciones.

Isabel. Dificilmente se borran las impresiones de una buena educacion; y mas quando el entendimiento se convence del error de aquellos que :: -

Canut. Borda Vd.? Y qué uso tiene esto?

Isabel. Es un pañuelo para el cuello.

Canut. Bá! Bá! Qué cosa tan inùtil! Lo primero, que eso es mucho luxo; y lo segundo, que al cuello no se debe poner ningun velo: la naturaleza se resiente de que se oculten sus bellezas.

Alvaro. Muy pronto ha sido la vuelta hoy, Monsieur,

Caunt. Sí; vengo á echarme un poco.

Alvaro. Parece que la toz fatiga demasiado.

Caunt. Si.

Alvaro. Quiere Vd. que se le haga alguna orchatita?

Caunt. Verémos si se gradua mas. No conviene aventurar las medicinas que cuestan el diro, sin saber si producirán buen efecto. Eh bien, alon. *Va.*

Alvaro. Qué hombre tan excelente!

Isabel. Tan excelente, que por no gastar un real no quiere tomar un remedio; tan excelente, que llama tonteria á los actos de religion; tan excelente, que quiere que andemos desnudas, ya por ahorro, y ya principalmente, porque perdamos el pudor y la decencia propia de nuestro sexô.

Alvaro. Ah! malos juicios. Dexarà de tomar la orchata por no gastar un real, quando sabe que yo se la habia de costear?

Isabel. Por lo mismo: porque como está persuadido à que va à tomar mucha dote, no quiere que se desfalque. Pobre hombre! que chasco se lleva.

Entra Doña Laura.

Laura. Alvaro, sal tú y mira si puedes convencer á un oficial español que trata de quedarse alojado en casa.

Alvaro. En casa alojado, teniendo otro! Y español eh? Buena maula. Ve tù y dile que no hay lugar de afeytarse.

Laura. Ya se lo he dicho, y él no entiende: està disputando con Tournier; sal tù.

Alvaro. Esta maldita oficina de alojamientos::

Al tiempo de salir llega el oficial con Doña Rosalia, y da á D. Alvaro la boleta.

Fernando. Es Vd. el Sr. D. Alvaro de Meneses, dueño de casa?

Alvaro. Servidor de Vd.

Fernando. Tengo el honor de venir alojado acá.

Alvaro. Pasen Vds. adelante y descansen un poco.

Fernando. Yo no trato de incomodar. Señorita à los pies de Vd.

Isabel. Beso à Vd. la mano.

Alvaro. Siéntense Vds.

El oficial se sienta junto á D. Alvaro en el sofá, y Doña Rosalia se queda al lado de Isabel, y Doña Laura, á quienes saluda. D. Alvaro lee para sí la boleta.

Rosal. Siga Vd. bordando, amiga mia.

Isab. No es cosa que urge; es un entretenimiento.

Rosal. Pero es muy agradable.

Isab. Yo sé muy poco. Un hermanito mio que murió en Madrid me dió algunas lecciones; y con tan cortos principios, ya Vd. ve que no se puede hacer mucho.

Rosal. Tengo grande aficion á esta labor. Vamos; que esto no lo hace ninguna discípula.

Alvaro. Yo no sé en que demonios piensan en esta oficina. Sabiendo que tengo un alojado, otro, otro, y otro. Y lo peor del caso es que no hay en casa cama grande para Vds.

Rosal. Quanto siento incomodar!

Fernando. Si Vd. tiene la bondad de hospedarme, no importa que no haya cama grande en casa. Yo me acomodo en qualquier parte; mi criado está acostumbrado á dormir en mi misma habitacion sobre su equi-

page; con que si esa Señorita quisiera dar lugar en su quarto á mi muger, yo la aseguro que no tendria jamas de que arrepentirse.

Isab. Por mí con muchísimo gusto.

Rosal. Gracias.

Alvaro. Pero qué necesidad hay de que esten Vds. separados.

Fernando. Es que muchas noches habré de quedarme fuera; y me parece mas decente:

Alvaro. Ya, ya: pues bien: Laura, haz que se le prepare á este caballero la sala junto á mi despacho: y tú, Isabel, gobiérnate allá con tu nueva amiga.

Isab. Nosotras nos arreglarémos de qualquier modo. Venga Vd. y verá nuestra habitacion. *Vánse las tres.*

Alvaro. Ya mi hija está loca de contento; porque como es muchacha: no trata con nadie, y su muger de Vd. es tambien jóven, gusta de tener con quien hablar.

Fernando. Siendo mi muger, no suena bien en mi boca su elogio; pero crea Vd. que es digna de todo aprecio.

Alvaro. Conozco su mérito con solo haberla visto; pues el carácter de los sugetos se manifiesta en su mismo porte. Y de dónde se viene ahora?

Fernando. De Madrid.

Alvaro. Y hay muchos briganes por ahí?

Fernando. Infinitos.

Alvaro. Lo que cunde esa canalla!

Fernando. Parece que los produce la tierra.

Alvaro. Pero vamos: lograrémos disiparlos?

Fern. Yo estoy persuadido á que serémos felices;

Alvaro. Con que acabaremos con ellos?

Fernando. Entiendo que serémos felices.

Vuelven Isabel y Rosalia.

Alvaro. Ya vuelven las amigas.

Isab. Venimos al bastidor.

Fernando. Mi muger está ya con como en su propia casa.

Alvaro. Como que lo es realmente.

Fernando. Mil gracias, amigo. Permítame Vd. que vaya á disponer que coloque mi criado los caballos, y proporcione las raciones.

Alvaro. Las de paja y cebada está bien; porque eso no hay en casa; pero por lo demas no tiene Vd. que cansarse respecto á que todos hemos de comer juntos.

Fernando. Señor::-

Alvaro. Lo dicho. Vamos à que se coloquen las bestias. *Vánse.*

Rosalia. Este dibujo es de mucho gusto; pero qué parecido es á este otro. *Saca un pañuelo.*

Isab. Cuidado que parecen hechos por una misma mano. Este le conservo yo con aprecio por ser hechura de mi amado hermano.

Rosal. Qué? tenia Vd. otro hermanito?

Isabel. Si Señora: pereció en el funesto dia dos de mayo en Madrid.

Rosal. Ay!

Isabel. Por qué suspirais?

Rosal. La memoria de tan horroroso dia estremece mi corazon.

Entra Doña Laura.

Laura. Qué? Estan Vds. de suspiros?

Isabel. Tia, me recordaba esta Señora el dos de de mayo; y ya ve Vd. si me deberá causar dolor.

Laura. Y á que son esos cumplimientos, y esos señorios entre muchachas de una misma edad.

Isabel. Muy bien advertido. Oyes, Rosalía; tratémonos ya como hermanas.

Rosal. Si por cierto, Isabel; con indecible gozo.

Entra Alonso.

Alonso. Señora; el amo espera que Vd. venga à separar la ropa de las maletas, y colocar aquellas cosas en su sitio.

Rosal. Voy con el permiso de Vds. *Vase con él.*

Entra Casimira.

Casimira. Que excelente mozo es el nuevo alojado! Al criado le ha estado dando unas instrucciones que me encantan.

Laura. Y á qué te pones tú à escuchar?

Casim. No me he puesto yo á escuchar de intento; sino que por la ventana del patinillo lo he oido todo sin querer.

Isab. Y qué le decia?

Casim. Le decia: Alonso, pórtate como español: trata á las Señoras con el decoro y respeto debidos: no pidas nada sino con mucha sumision y política: y en fin haz que conozcan todos, especialmente el frances, que somos de mejor índole que él; y que apreciamos nuestra religion sobre quanto merece aprecio.

Isab. Ah! buen español. Ay mi amada Rosalía! Dichosa tù al lado de tal esposo.

Laur. Salte Casimira, que viene tu amo. *Vase Casim.*

Alvaro. Con efecto; es un gran mozo el alojado nuevo: làstima es que sea español; mas al fin está al servicio de nuestro amado rey el augusto hermano del *omnipotente*

emperador; y esto basta para borrar la mancha de haber nacido en este suelo.

Laura. Hasta dónde has de llevar, hermano, tu desreglada aficion à esa chusma de ladrones! y quándo dexaràs ese tono humillante con que tratas à nuestra desgraciada patria!

Alvaro. Hasta quàndo has de ser tú tan ilusa, que no te desengañe la experiencia de que somos unos trompos los españoles! Y quàndo acabaràs de conocer las infinitas ventajas que nos hacen los franceses en todas líneas!

Laura. Làstima es que un hombre de juicio se haya prostituido hasta el extremo de aborrecer à su misma nacion.

Alvaro. Mas extraño es que una muger de razon quiera todavia oponerse à la inevitable ley del destino. El hombre sensato ha de arreglarse y pensar segun las circunstancias.

Isab. Y quáles son las circunstancias?

Alvaro. Una friolera! Tener sobre nosotros la irresistible fuerza del emperador, dirigida únicamente à nuestra felicidad.

Laura. A hacernos desgraciados eternamente.

Alvaro. Vamos: discursos de mugeres.

Isab. Y eso de irresistible fuerza tiene su mas y su ménos.

Alvaro. Dexa tú de hablar en cosas que no están á tu alcance.

Entra Canuti.

Canut. Que demonios de laberintos hay en casa con tanto subir y baxar equipages? Quién es ese huesped que se ha colocado en la

sala próxîma à la mia?

Alvaro. Un alojado que se nos ha entrado por las puertas. Oficial español al servicio de S. M. C.; parece una buena cosa.

Canut. No podra ser buena cosa, siendo español.

Laura. Y como se halla Vd.?

Canut. La toz se ha mitigado; pero este humor maldito de las piernas me da muy mal rato. Yo pienso, Señorita, que esta tierra no me hace bien: en mi pais se logra mejor salud.

Isab. Pues debe Vd. tratar de volver à él con una causa tan poderosa.

Canut. Sí: ya tengo la licencia: y Vd. me acompañarà?

Isab. No Señor. Yo no puedo abandonar à mi padre.

Canut. Ah! Coqueteria. Aquí no puede ser feliz ninguna muger.

Alvaro. Estan encantadas en esta tierra de bàrbaros.

Isab. No digo yo fuera de mi pais; mas quando salgo de la ciudad parece que me hallo en otro elemento.

Canut, Lástima es que una Señorita del mérito de Vd. no vaya à Francia à rectificar su espíritu con la filosofia sublime que alli reyna.

Alvaro. Quánto contribuiria yo á su felicidad!

Laura. No necesita ella otra filosofia mas que la que ha aprendido en su pais.

Entran D. Fernando y Doña Rosalía.

Fernando. Saludo á Vd. con sinceridad y afecto. *A Canuti.*

Canut. Oh! Que agradable Señorita.

Fernando. Es mi esposa.

Rosalía. Servidora de Vd.

Canut. Es muy amable. *Quiere tomarla la mano y*
Fernando. Nosotros no *D. Fernando lo estorba.*
estamos acostumbrados à esas llanezas: y el pudor natural del sexô se resiente de tales familiaridades.

Canut. Tonteria! Las maneras libres deben distinguir à la oficialidad.

Fernando. A la oficialidad francesa está bien; à la española no.

Canut. Alon! Oiga patron. *Salen los dos.*

Laura. Qué juicio forman Vds. de mi alojado?

Fern. Que es un verdadero frances: libre y grosero:

Isab. Parece que Vd. no está muy bien con sus compañeros de armas?

Fernando. Ay Señorita! Quan distinto es su carácter del mio!

Isab. Es verdad. Yo los aborrezco.

Laura. Calla, niña.

Rosalia. No tiene porque callar, pues à nosotros nos sucede lo mismo.

Laura. Las mugeres tenemos poca reserva.

Fern. Seguramente; mas con nosotros no tienen Vds. para qne ocultar la justísima aversion con que debemos mirar à esos infames.

Laura. Vd. ha sido prisionero?

Fern. No Señora. La historia de mi vida es muy rara.

Isab. Y tú eres de Madrid?

Rosalia. Sí: quedé viuda el dos de mayo:: -

Isab. Y despues casaste con el Sr. D. Fernando?

Rosalia. Mi marido era natural de esta ciudad, jóven de mucho espíritu, y enemigo irreconciliable de los franceses; cuyas dos circunstancias le hicieron víctima del furor de aquellos bárbaros.

Isab. Pérfidos! En ese mismo dia mataron à mi ado-

rado hermano. Como se llamaba tu marido?

Rosal. Luis.

Isab. Vâlgame Dios! Tia: lo mismo que mi hermano de mi corazon.

Laura. Ya lo advierto.

Entra Tournier.

Tournier. Y mi amo?

Laura. No está aquí, Tournier; mira si está en su quarto. Quieres alguna cosa?

Tour. Oh! diablos: para algo lo querré. *Vase*

Fern. El criado es igual al amo.

Isab. Si Señor: todo es ruin ganado.

Laura. Ese pìcaro es muy insolente, soberbio y desvergonzado.

Fern. Regularmente son así todos los criados de esa canalla.

Casimira desde la puerta.

Casim. Señora.

Laura. Qué quieres?

Casim. El amo llama à Vd.

Laur. Dí que allà voy.

Casim. Está su merced riñendo con el frances.

Laura. Riñendo con el frances! Qué es esto?

Sala del alojado frances.

Canut. Estando yo alojado en su casa no debió admitir otro alojado.

Alvaro. Yo no soy capaz de resistir à las disposiciones del gobierno: y por último yo soy dueño de mi casa.

Laura. Qué disputa es esta Señores?

Canut. Eh! váyase á cuidar las gallinas.

Laura. Es Vd. un grosero.

Alvaro. Vete Laura; que nosotros nos entenderemos.

Entra Tournier.

Tourn. El demonio del español collon!

Canut. Qué hay, Tournier?

Tourn. Lo que hay es, qne hoy mesmo he de matar à ese criado del oficial español.

Laura. Y por qué le has de matar?

Tourn. Porque todo me lo roba: la carne, el pan, la cebada; todo.

Canut. Ladronazos!

Álvaro. Pero cómo te ha de robar lo que él no necesita para nada?

Canut. Pronto me habeis de dar lo que ese español ha robado á mi criado.

Entran todos.

Fern. Monsieur: mi criado no es capaz de robar un alfiler á nadie: estoy bien asegurado de su honradez.

Rosal. Es el muchacho mas fiel que pisa la tierra.

Alonso. Sepa Vd. Señor, que no solamente no le he quitado nada de lo que dice; sino que ni aun he visto donde guarda la cebada ni el pan, ni la carne; porque conozco à estos caballeros, y no he querido entrar en su sala, ni familiarizarme con él.

Fernando. Tengo esto por muy cierto, Mr.; y es muy sensible que hayais venido á perturbar la paz de esta casa, dando crédito á una impostura de vuestro asistente.

Canut. Alon, español collon.

Fern. Ese nuevo insulto no debe sufrirlo un español, y mucho mènos de un frances. Soy capaz de sostener con la espada la buena conducta de mi criado: salid si quereis sostener la infame del vuestro.

Alonso. Chico, lo mismo te ofrezco.

Tourn. Veremos lo que dice el amo.

Canut. Oh! sino estuviera tan molestado del fla-

to, yo admitiera el desafio, y vengaria esta injuria.

Tourn. Oh! si mi amo estuviera bueno, yo te diria lo que hiciera al caso.

Laur. Buen par de sugetos amo y criado!

Rosal. No te decia yo que no correria sangre?

Isab. Son valientes estos Señores.

Alvar. Yo no quiero en mi casa estas qüestiones; con que asì uno de ustedes se servirá sacar boleta para otra parte.

Fern. Me ha sido muy sensible este acontecimiento; y para evitar que se repita, yo soy el que me marcho, dando à Vd. gracias por el buen hospedage que me ha hecho.

Laura. Pero, porque se ha de ir Vd.?

Canut. Déxelo Vd. ir Señora: quedemos libres de estorbos.

Laura. No estorba el Señor en mi casa; y si à Vd. le incomoda podia Vd. mas bien retirarse.

Tourn. Nosotros somos alojados antes que ellos.

Isab. Pero el Señor es un oficial

Canut. Y yo soy un Médico mayor con título del mismo Emperador.

Alvaro. Yo voy á la Oficina, y se harà lo que resuelva el comandante. Uno de los dos ha de quedar solamente en casa: qualquiera de ustedes venga conmigo para evitar toda sospecha.

Alvaro. Qué le ha parecido à Vd. la gentecita?

Fern. No es extraño que no le hayan querido aliviar á Vd. con respecto á la mucha tropa que se reune aquí.

Alvaro. Y se proyecta alguna nueva expedicion?

Fern. Yo no sé.

Alvaro. Diga Vd. con franqueza lo que hay; porque tengo noticias de que viene un gran número de ingleses sobre Andalucia.

Fern. No son todos ingleses: vienen españoles y muchos.

Alvaro. Con que hay exército español?

Fern. Y bastante considerable.

Alvaro. Son el demonio estos franceses! De la manera que nos tienen alucinados!

Fern. Vd. se habia persuadido à que la cosa no tenia remedio?

Alvaro. Si Señor; me la tengo muy tragada.

Fern. Pues si es Vd. español no desconfie.

Alvaro. Ay amigo! Nos hemos venido alimentando de esperanzas muchos meses; y ya no quiero ser mas tiempo camaleon.

Fern. Adelante. Cada uno es dueño de su opinion.

Alvaro. Pero si Vd. cree otra cosa ¿por que sirve à los franceses?

Fern. No puedo contestar á Vd. como quisiera.

Alvaro. De modo que si Vd. teme, sobre mi conducta, hace bien en callar; pero si tiene fundamentos para convencerme, crea Vd. que soy español.

Fern. He conocido su adhesion à los enemigos, y estoy notando el mal concepto que ha formado de nuestra causa.

Alvaro. Diré à Vd. Si yo tuviera la menor idea de que al fin podriamos vencer no pensaria así; mas como entiendo que està ya decidida nuestra suerte, y que es temeridad oponernos, me irrito ciertamente con los que dan lugar á que se prolongue esta lucha que nos va destrozando y haciendo mas infelices de dia en dia.

Fern. Pues baxo ese concepto, me resuelvo á decir á Vd. que esto va à terminar muy en breve.

Alvaro. Calle Vd!

Fern. Son muchos y muy repetidos los golpes que han sufrido los enemigos: y sus fuerzas en España se han reducido à un estado de debilidad extraordinaria. Acabarémos con ellos y dentro de muy poco.

Alvaro. Vamos: deme Vd. un abrazo, y dígame con sinceridad lo que hay en la materia. No està Vd. sirviendo á Pepillo?

Fern. No Señor; yo sirvo al Rey legítimo de las Españas el Sr. D. Fernando vii, por cuya libertad y la nuestra he hecho, estoy haciendo y continuaré los mas heróicos sacrificios. En la apariencia sirvo al intruso; pero mi comision y destino se dirige á tomar los conocimientos, noticias y planes convenientes para instruir á nuestros valientes defensores de quanto proyectan por acá esos viles opresores.

Doña Laura y Doña Isabel.

Laura. Con que no has conseguido nada?

Alvaro. Ya vinieron ustedes á interrumpirnos!

Isab. Vámonos, tia: que en todo hemos de ser desgraciadas.

Fern. No incomodan ustedes, Señoras: el objeto

de nuestra conversacion es interesante, y no podrá desagradar á unas buenas españolas.

Alvaro. Oh! en quanto á españolas, terribles.

Isab. Y persuadidas firmemente á que hemos de triunfar.

Laur. Esta es familia de españoles, á excepcion de mi hermano que vive preocupadíllo.

Alvaro. No lo estoy ya, Laura; me ha dicho muchas cosas el Sr. D. Fernando; y me ha hecho cambiar de dictámen.

Laura. Pues qué hay?

Isab. Qué? No es Vd. afrancesado? Bien me dixo mi corazon.

Fern. No Señora, no lo soy. Y Rosalía?

Isab. Al clave quedó; porque Casimira es apasionadìsima á la música, y no nos dexa quando está desocupada; siempre quiere que estemos tocando.

Fern. Si V. tuviera la bondad de hacerla venir aqui.

Isab. Si Señor: voy á llamarla.

Laura. Dexa, que yo la avisaré. *Va y vuelve.*

Rosalia. Qué tiene V. que mandarme, Sr. D. Alvaro?

Fern. No es el Sr. D. Alvaro quien llama à Vd. mi Señora Doña Rosalía.

Isab. Qué gracia!

Laura. Qué cumplimientos tan respetuosos!

Fern. No son ya cumplimientos, sino obligaciones debidas al sexô y al estado de esta Señora.

Alvaro. Pues cómo? No es esposa de Vd.?

Fern. No Señor. Luego que en calidad de pasado llegué à Madrid para los fines que anteriormente he manifestado, me alojé en casa de esta Sra. (que pocos dias antes habia quedado viuda, en compañia de su amada madre); pero habiendo fallecido esta, y no teniendo esta Se-

ñorita otro apoyo ni recursos en aquella capital, sabiendo que yo pasaba á Sevilla, me suplicó que la acompañase, pues tenia resuelto venir à buscar à sus parientes por parte de su difunto esposo. Hemos venido con la apariencia de casados, pero con el decoro y respeto debidos al honor de dos personas extrañas, y de sentimientos de religion. Y pues ya he descubierto el objeto oculto, tanto de mi fingida adhesion, como de este enlace supuesto; resta solo suplicar à Vds. guarden un profundo silencio sobre estos acontecimientos, sin confiar una palabra ni aun à la persona mas digna de su satisfaccion.

Alvaro. Noble Español! hijo benemérito de la patria; ah! Vea yo el dia en que esta recompense dignamente tus servicios. Mi corazon se ha inundado de gozo con el tropel de ideas agradables que han acudido à mi imaginacion en un solo momento. Nuestra próxîma libertad; vuestra generosidad y honradez; ese cúmulo de virtudes políticas y morales que os distingue de los demas hombres:::

Fern. Señor; no prodigueis unos elogios de que no me considero digno.

Alvaro. Motivos poderosos que excitan la alegria de mi corazon à un punto desmedido; si bien por otra parte me es sensible la triste situacion de esa jóven viuda; mas en vuestro desamparo y horfandad, podeis, Señora, vivir segura:::

Rosalia. De que tengo aquí à mi padre. *abrazalé.*

Alvaro. Si Señora; sí, hija mia.

Rosalia. Hermana mia! *abrázala.*

Isab. Amable hermana!

Rosal. Tia! *abrázala.*

Laur. Yo no puedo con tanto gozo. Qué es esto?

Fern. Ahora si que he tocado mi mayor fortuna; pues he conducido à esta casa tanto bien.

Laura. El frances se acerca; mudemos de tono.

Isabel. Ay de mí! que viene à interrumpir nuestro júbilo.

Alvaro. Yo le haré marchar de aqui muy pronto.

Canut. Oh! Està formada la sociedád? Madama, quando saldremos de este pais desagradable?

Isab. No pienso en ello por ahora, y mucho menos con Vd. *rien todos.*

Canut. Os burlais?

Alvaro. Nos reimos de la prontitud de la niña.

Canu. Ah! es muy amable; y va à hacerme feliz en Francia.

Isab. Tan distante estoy de Francia como de haceros feliz. *Se rien.*

Canut. Oh! Porra; con tanta risa. Vámonos, Señorita, à otra parte.

Isab. Qué es eso de à otra parte? Vd. tiene libertad de ir à donde guste; pero yo no salgo de aquì. *rien.*

Canu. Ved como rien estos con vuestras gracias.

Isab. Soy muy graciosa.

Canut. Y Vd., Señorita, es muda. *A Rosal.*

Rosal. Soy de muy pocas palabras; y quando me disgusta la conversacion no acierto con ellas.

Canut. No es Vd. afecta à los franceses?

Rosal. Muertos habrá que hablen mas que yo.

Canut. Oh! Señora tia: estas muchachas se esquivan demasiado.

Laura. Pregunto, Mr. Canuti, ó canuto, es revisra esta? *rien todos.*

Canut. Es porra, porra, porra. *Vase.*

Fern. Habrá hombre mas chocante y ridiculo en

todo el mundo!

Rosal. Bien hemos reido à su costa

Alvaro. Yo voy à desenojarle; porque temo à estos malditos. *Vase.*

Fern. Pues yo voy à oiros desde afuera. *Vase.*

Isab. Estas son las agudezas de estos Señores, y su trato social.

Rosal. Todos estan vaciados en un mismo molde,

Laura. Aquí no hay mas conversacion que de madamas, de libertinage y de impiedad; ni mas estudio que sobre la rapiña, la intriga y la seduccion: dentro de este círculo danzan todos los franceses.

Rosal. No sé como hay personas que los celebren.

Laura. Mi hermano ha sido hasta ahora un grande panegirista de esos infames: mas à pesar de haberle visto tan obstinado en defenderlos, siempre esperaba yo qne llegase este dia venturoso en que los aborreciese; porque su pasion era hija del error de su entendimiento, mas no de la corrupcion de su corazon.

Rosal. De esos hay muchos. Los que por haber errado el càlculo, creyendo que esto no tenia remedio se han adherido al partido dominante, persuadidos á que era cordura someterse á la imperiosa ley del destino; tienen en mi concepto alguna disculpa; mas los que les han s-guido por inclinacion, esos son tan criminales como ellos, y no tienen otra excusa que la perversidad de sus corazones.

Isab. Quánto es mi gozo al ver tan cambiado ya à mi padre!

Rosal. A nuestro padre dirás: parece te has olvidado que somos hermanas.

Isab. Es verdad: como hace tan poco tiempo que

lo somos.

Entran D. Alvaro y D. Fern.

Laur. Donde queda ese caballero?

Fern. Se metió en su quarto medio gruñendo y se encerró.

Laura. Dexadlo que se lo lleve la tarasca.

Rosal. Pero Vd. no le dixo nada, padre?

Alvaro. Nada hija.

Fern. Quánto me agrada oir ese tratamiento!

Alvaro. Es muy análogo à mi carácter, propenso siempre á favorecer al desvalido, y mucho mas à una Sra. viuda y con tan relevantes méritos.

Fern. Y mucho mas, debereis añadir, à una jóven que rigorosamente es mi hija.

Alvaro. Rigorosamente!

Rosal. Si Señor; porque vuestro hijo, el desgraciado Luis::: -

Alvaro. Qué!

Rosal. Fue mi marido. Ved ahora si rigorosamente no sois mi padre. *abrázale.*

Alvaro. Santos cielos! Qué contraste de afectos siente mi corazon en este instante! Hija mia!

Rosal. Hermana mia! *abrázala.*

Alvar. Hombre benéfico; vuelve à mis brazos.

Fern. Qué dulce placer recibe mi alma! *Se abrazan.*

Isab. Hermana, amada hermana!

Laura. Yo estoy absorta.

Rosal. Tia! querida tia! *la abraza.*

Laura. Hija de mi corazon!

Alvaro. Altamente me recompensa el cielo la dolorosa pérdida de un hijo con el hermoso hallazgo de una hija tan amable!

Rosal Y como no he de dar un testimonio público de mi agradecimiento al jóven generoso, que

con tanto honor, con tanta fatiga y con aquel afecto que inspira la virtud me ha conducido hâsta esta casa? Amigo mio::

(*le abraza.*

Fern. Señora: el hombre de honor recibe todo el premio de su generosidad en la dulce satisfaccion de haber podido ser útil à la humanidad. Dichoso yo que lo he conseguido!

Alvaro. Y bien, Señores, como ha sido esto?

Rosal. Luego que por fallecimiento de mi amada madre, quedé sola en Marid, me determiné á venir á esta ciudad, segun ya ha referido ese caballero. Aqui se practicaron las diligencias oportunas hasta averiguar la calle y número de esta casa, para la qual sacamos la boleta de alojamiento. Otras particularidades sabràn ustedes mas adelante; como igualmente los grandes méritos que el Señor ha contrahido en las acciones heróicas que hace por la patria: Por ahora diré tan solo que la pérdida de un tierno esposo, y de una afectuosa madre, está ya compensada con los brazos de un padre amado, y de una querida hermana.

Isab. Ay! qué vuelve el fastidioso!

Fern. Yo no quiero verle ni oirle.

Alvaro. Pues vàmonos por la puerta de la alcoba à mi despacho.

Vanse todos; pero al salir Doña Laura ya habrá entrado Canuti.

Canut. Señora tia: dónde está la gente de esta casa, que nadie me responde?

Laura. Pues ha llamado Vd?

Canut. He estado dando voces media hora, y no me ha oido ningun diablo.

Laura. Siento que no le haya oido à Vd. no uno, sino mil. Pero Tournier donde ha ido?

Canut. A los infiernos.

Laura. Qué? Van ustedes à mudar de alojamiento?

Canut. No Señora.

Laura. Y bien: qué se le ofrece á Vd.?

Canut. Que me cosan este puntito que tiene esta calzeta. *Sácala.*

Laura. A ver. Qué punto se ha de coser aqui; si tiene mas que una flauta?

Canut. Son las que uso con las botas; y de qualquier modo estan buenas.

Laura. Ya; pero si esto no tiene compostura; lo mejor es tirarlas al basurero.

Canut. No estamos para esos rumbos y prodìgalidades.

Laura. Pues de que sirve el dinero?

Canut. Oh! el dinero es para Francía, que à eso hemos venido.

Laur. Bien. Déxelas Vd. ahí: que las remiende la muchacha. Qué traes tú? *á Casimira.*

Casim. Tournier está llamando á su amo.

Canut. Voy allà. *Vase muy despacio.*

Laura. Miren que espectàculo ese.

Casim. Huyendo me he venido de Tournier, por no oír disparates.

Laura. Que dice?

Casim. Lo acostumbrado. Grandezas de su amo y de su pais.

Laura. Hé aqui la muestra del paño: estas son sus grandezas y su mucho rumbo. (*enseña la calzeta.*

Casimira. Señora! A qué ha traido esto?

Laur. Para que se las compongas.

Casim. Yo! quite Vd. allà eso. Ni para un Judas pueden servir. Si serà por este estilo la ropa de novio? Que par de casamientos van á salir de aquí.

Laura. Quàles son?

Casim. El de la Señorita y el mio.

Laura. Sí: en un mismo dia se han de casar ambas. Desde luego hacian ustedes una brillante fortuna.

Casim. Pues estan muy creidos los dos tontos, en que no hay mas que hacer.

Laura. Y no está andada mas que la mitad del camino.

Casim. Franceses! Aunque me quedara para tia.

Laura. Solamente pudiera una muger casarse con un frances por tener la grandísima complacencia de quedar viuda::- Que quieres Alonso?

Alonso. Señora Casimira: me hace Vd. el favor de entregar à Tournier este taleguito quando venga?

Casim. Si Señor: ay! como pesa; es plomo?

Alonso. Es una poca de cebada que le doy con permiso de mi amo.

Laur. Entre Vd. Alonso. Va Vd. á alguna diligencia?

Alonso. Si Señora: queria Vd. algo?

Laura. Nada.

Casim. Voy á guardar el dichoso taleguito. *Vase.*

Laura. Qué? Le regala su amo de Vd. esa cebada á Tournier.

Alonso. Si Señora; porque su amo le da el grano por cuenta y razon: ha vendido él ocho quartillos, y ahora se ve en el descubierto; y porque nole conozca la falta me pidió se los diese yo de la de mi amo, y con su licencia lo hago.

Laura. Muy bien. *Entra Tournier.*

Tourn. Alonso. Y ese mandado?

Alonso. La Sra. Casimira lo tiene.

Tournier. Voy á recogerlo. *hace qué se va.*

Laura. Con que oyes, Tournier; parece que se van ustedes?

Tournier. Si: te quedas solita; porque mi amo lleva á Isabel, y yo á la Casimira.

Laura. Cuidado no se caygan Vds. en el camino.

Tourn. No nos caeremos, no.

Laura. Y Casimira està convenida en irse?

Tourn. Mucho: alon. *hace que se va.*

Laura. Oyete.

Tourn. Vaya, dí.

Laura. Y va con ustedes Alonso?

Tourn. No: es muy tonto. *Entra Casimira.*

Casim. Alli tienes un taleguito que me dió Alonso para tí.

Tourn. A dónde?

Casim. Detras de la puerta del comedor.

Tourn. Voy por él; alon. *Vase.*

Laura. Con que te vas á Francia con Tournier?

Casim. Quien lo ha dicho? El?

Laura. Sí.

Casim. Pobre díablo! cierto que el muchacho tiene prendas para querido; tan tacaño como su amo; borrachote como buen frances: : : era una fortuna loca. Si fuera como el otro!

Laura. Esa es piedra de otra cantera; qué juicio! qué honradez! qué buen cristiano el Alonso!

Casim. Jamas ha querido entrar en la cocina como no esté alli mi abuela, aunque tenga presicion de entrar por algo; se detiene á la puerta, y desde alli pide lo que se le ofrece.

Laura. Tiene buen amo.

Casim. Es verdad. Qué bueno para mi Señorita!

Laura. Tu Señorita tiene ya á su amartelado Ca-

nuti. Voy á ver que hace la familia.

Casim. Qué risa! Y yo me voy à mi ocupacion.

ACTO TERCERO Y ULTIMO.

Isab. Hemos sufrido muchas vejaciones de esos bárbaros.

Rosal. Por todas partes ha sido igual su conducta.

Isab. Y si agregas à lo que te he referido, la incomodidad de oir á padre siempre en favor de ellos; y la importunidad de ese viejo, empeñado en que me ha de llevar à su pais, conocerás de un golpe quanto habré padecido en un año que està en casa.

Rosal. Con que tan alucinado ha estado padre?

Isab. Hubo tiempo en que fue su mayor antagonista; pero desde que tomaron posesion de las Andalucias, desconfió, y aun cambió de carácter y genio. Es verdad que como escaseaban las noticias de nuestros exércitos, y como por otra parte no se oian aquí mas que triunfos de los enemigos abultados por ellos y por sus fascinados españoles, cayeron à tierra muchos fuertes edificios. Uno de estos fue padre: el qual ya no encontraba cosa buena en España; ya no queria hablar sino de las de Francia: se hizo enfadoso, quando antes era de tan bella ìndole; y en fin estaba desconocido.

Rosal. Qué trastorno!

Isab. Pareceria increible à quien no lo hubiese tocado. Pero como el vicio estaba en el concepto que formó por las circunstancias, ha podido sanar, mejor instruido.

Rosal. Siempre ha sido esta obra admirable.
Isabel. No hay duda; como todo lo acaecido hasta aquí.
Rosal. Pues yo nunca tuve un momento de desconfianza; siempre persuadida á que seremos libres.
Isab. Y lo seremos en efecto, hermana?
Rosal. Sí.
Isab. Tardará mucho?
Rosal. No podré fixar el dia; pero creo que no concluyen aquí el verano. Oye á D. Fernando y sabrás la rapidez con que huyen por todas partes esos héroes decantados.
Isab. Si tu supieras, hermana, mudando de conversacion, quanto sentí yo que D. Fernando estuviese sirviendo à esos iniqüos! Lo mismo sucedió á Tia.
Rosal. Ya se vé: ustedes creyeron ::: -
Isab. No lo habiamos de haber creido!
Rosal. Pues ya sabes quan al contrario obra. En su dia se publicarán sus servicios en favor de la patria; y no parece posible que un jóven haya hecho tanto.
Isab. Qué edad tendrà?
Rosal. Treinta años.
Isab. Parece en su juicio y conducta un viejo. Y qué familia tiene?
Rosal. Su madre y dos hermanas; la una casada con un coronel, y la otra soltera al lado de su madre.
Isab. Y dónde reside su madre?
Rosal. No sé en que pueblo de Navarra.
Isab. Y se sostiene á expensas del hijo?
Rosal. No; es muy rica; pero oye, hermana, á qué son esas indagaciones? Te agrada por ventura D. Fernando?

Isab. Como habiamos de hablar de otra cosa.

Rosal. Ya, ya.

Isab. Y aunque me agradase, como efectivamente lo es, nada significaba esto; porque ni él habia de hacer aprecio de mí, ni yo me persuadiria semejante disparate.

Rosal. Vaya que no seria ningun disparate el que tú creyeses que te estimaba; y sobre todo, ni tú lo desmereces, ni él dexa de conocer tu mérito y de apreciarlo con sumo interes.

Entran D. Alváro y D. Fernando.

Alvaro. Si Señor: con tanta insolencia me lo ha propuesto::: pero oigamos á la interesada; y acordaremos lo conveniente. El alojado està empeñado en casarse contigo.

Isab. Qué alojado?

Alvaro. Qué alojado ha de ser, hija? Es verdad que hay dos en casa; pero como yo no habia de ser tan loco que creyese que este caballero:::-

Isab. Dispense Vd., padre mio, la precipitacion é inadvertencia de mi pregunta. Muy claro era que quien á mí me solicitase, baxo el concepto de alojado, no podia ser otro que ese mueble del frances.

Fern. No se humille Vd. Señora, ni desconozca el mérito que la recomienda. Justa y muy oportuna ha sido su pregunta; porque los dos alójados que tienen el honor de hallarse en su casa, se creerian felices con tan digna esposa.

Alvaro. Señor D. Fernando: feliz seria la muger que tuviese tal esposo; pero mi hija no es tan avara que aspire á tanto.

Fern. Si hallase Vd. y esta Señorita algun mérito en mí digno de recompensa; les aseguro con toda la sinceridad de mi corazon que me daria

por contento, y extraordinariamente pagado con obtener su mano.

Alvaro. Las bellas qualidades que adornan á Vd. son en general muy dignas de estimarse; y los servicios que ha hecho á la patria y á esta casa misma, me executan á que como ciudadano y como padre le premie à su gusto. Qué dices, hija?

Isab. Mi voluntad ha estado unida siempre á la de Vd., y ahora mas que nunca.

Fern. Yo os he traido una segunda hija; y el cielo os ha preparado otro hijo, en lugar del que perdisteis.

Alvaro. Si hijo mio. *abrázanse.*

Fern. Amada esposa!

Isab. Querido esposo! *abrázalo.*

Entra Doña Laura.

Laura. Dichoso padre! *A D. Alvaro.*

Isab. Hermana mia! *abrázala.*

Rosal. Quanto gozo siente mi alma!

Laura. Sobrino mio!

Fern. Tia mia!

Permanecerán abrazados Doña Laura y D. Fernando, Doña Isabel y Doña Rosalia mientras acaba D. Alvaro de decir el siguiente apóstrofe.

Alvaro. Almas sensibles à la virtud! ved que espectáculo tan encantador! y notad quanta es la diferencia de estos extremos de amor puro, á los de un amor criminal!

Con que, hijos mios: quando veniamos à conferenciar sobre la solicitud de Canuti, le habeis burlado tan completamente. Celebrando estoy el resultado.

Fern. Pues no ha de tardar mucho; porque ya suena la tos.

Salen Canuti y Casimira.

Canut. Señor patron: esta muchacha quiere ir à Francia con nosotros; parece que va á casar con mi asistente.

Casim. El Señor y su asistente son los de la pretension.

Alvaro. Efectivamente marcha Vd. Monsieur?

Canut. Si; despues de hoy.

Alvaro. Es muy justo que Vd. descanse ya; porque su edad y sus achaques::-

Canut. Oh! ni la edad, ni los achaques me hacen retirar. Soy todavia jóven, y ya voy perfectamente.

Laura. Hàcia la sepultura. *Aparte.*

Canut. Las tareas del servicio no me agradan; y solo busco el sosiego de mi casa, donde disfrutaré mis bienes con tranquilidad.

Fern. Excelente pensamiento!

Canut. Veràn estas españolitas un pais muy agradable.

Laura. Quienes son esas españolitas?

Canut. Madamisela su sobrina y Casimira.

Laura. Con qué Tournier quiere tambien llevar su presa?

Canut. Oh! sí.

Laura. Casimira, da una voz á Tournier.

Casim. Creo que no está en casa. *Vase.*

Alvaro. Y està preparado todo el equipage?

Canut. Oh! sí.

Fern. Y las Señoras van en algun carro?

Canut. Oh! sì.

Isab. Y se lleva alguna prevencion de comida?

Canut. Oh! no.

Fern. Lo mas urgente es marchar.

Canut. Oh! sí.

Alvaro. La comida no debe detener à nadie.

Canut. Oh! no.

Laura. Oyes, Alvaro, se ahorcarà desesperado aquel hombre?

Alvaro. Oh! sí. *Remedando á Canuti.*

Laura. Dexarémos de reir en toda nuestra vida?

Alvaro. Oh! no. (*Ahora entra Casim. y Tourn.*

Casim. Aquí està Tournier.

Canut. Que hacias bruto?

Tourn. Quién? Yo? Limpiar la yegua mia, y el burro de Vd.

Canut. Pues bien; dile al patron aquello.

Tourn. Quién? Yo? Mas tarde.

Fern. Habrà un par de burros semejantes! *ap.*

Alvaro. Ya nos ha significado tu amo que estàs inclinado à Casimira y que deseas casarte con ella.

Tourn. Quién? Yo? Por supuesto.

Alvaro. Pues Monsiures; las interesadas estàn presentes y son las que han de resolver en la materia.

Casim. Quién? Yo? (*remedando á Canuti.*)

Isab. Oh! sí.

Casim. Hable Vd. Señorita.

Isab. Oh! no.

Fern. Señores, la respuesta no debe detenerse mucho tiempo, para que los Monsiures no pierdan la ocasion de hacer por otra parte sus especulaciones, si estas no saliesen bien. Con que asi: Isabel, vete con tu esposo.

Isab. Voy. Ya me tienes aqui, Fernando.

Alvaro. Pues, Casimira, busca tú el tuyo.

Casim. Aguardando està estas resultas. Qué alègre noticia voy à darte Alonsillo! *Vase.*

Canut. Pues Vd. no està casado con madama?
Fern. No Señor.
Canut. Y como vino con Vd. de Madrid?
Fern. Cómo vino? En coche.
Canut. Oh! no: Pero no es Vd. aqui alojado?
Fern. Oh! sí.
Canut. Luego se ha casado Vd. con dos mugeres
Fern. No soy yo Emperador de la Francia. Esta Señorita, que vino desde Madrid conmigo, es mi hermana; y esta otra es mi muger, con quien estoy casado treinta años hace.
Canut. Treinta años! Pues si ella no los tiene.
Isab. Es que yo me casè cinco años antes de nacer.
Canut. Ya, ya. *Casimira y Alonso.*
Casim. Entra, hombre.
Alonso. No entro que està alli mi amo.
Casim. Pues si tu amo es quien te llama.
Alonso. Mandaba Vd. Señor?
Fern. Acércate por aquí. Esta es mi muger y tu ama. *diceselo en tono baxo.*
Alonso. Por muchísimos años séalo su merced.
Canut. Què dices Tournier?
Tourn. Que ha llevado Vd. un valiente parche.
Casim. No lo has llevado, tú, floxo. *ap.*
Canut. Pues tu sigues mi misma suerte.
Tourn. A fé que no. *(pásase*
Casim. A fé que sí. Yo estoy ya colocada. *con Alonso*
Tourn. Y què hacemos ahora nosotros?
Canut. Ahorcarnos.
Tourn. Yo voy inmediatamente à dar cuenta de este suceso al mismísimo Emperador; para que despache una órden à fin de que este español se descase.
Alonso. No lo has de lograr ni à dos tirones.
Canut. Dices bien Tournier; y para que al mis-

mo tiempo mande que nos quieran estas mu-s chachas à' nosotros.

Fernando. Harto serà que no lo consigan de su omnipotencia; pero entretanto lo manda, ó ustedes lo solicitan, no se detengan en salir de una casa en la qual estàn ya incòmodando.

Canut. Pues ya no salgo de ella ni me voy à Francia.

Tourn. Ni yo tampoco.

Fern. Esta es casa de un oficial, y en ella no puede haber alojado; con qué si Vd. no sale de grado, saldrà à la fuerza.

Tourn. Monsieur, vàmonos; porque ese. es el demonio; y lo hará como lo dice. *(al oido.*

Canut. Carga y vàmonos.

Tourn. Alon. *Vase.*

Canut. Alon, alon, alon. *(vase mui de espacio tociendo.*

Isab. Abur esposo.

Laura. Abur jovencito.

Alvaro. Abur mentecato. Los franceses nos han ridiculizado injustamente y con harta impropiedad; pero nosotros lo hacemos de ellos con verdad y con justicia.

Rosal Todo lo q̃ aquí ha pasado es un retrato de la costumbres francesas; del valor, de la política, y del atolondramiento de esos gabachos.

Primer Actor. Y si en la època de nuestra opresion tuvo un frances infame el bàrbaro placer de presentar en la escena un drama desconcertado, tan monstruoso como denigrativo à este pueblo Sevillano; obligándonos á ser el órgano de su maledicencia: un español amante de su patria nos ha proporcionado hoy la dulce satisfaccion de vindicar à este pueblo mismo de aquel insulto.

CAE EL TELON.